

NAZARÍN Y HALMA: NOVELAS COMPLEMENTARIAS

M.^a del Prado Escobar Bonilla

En 1895 publicó Galdós tres importantes novelas: *Torquemada y San Pedro*, *Nazarín* y *Halma*. El primero de estos títulos presenta la conclusión de las andanzas del avaro protagonista de la célebre tetralogía. Los otros dos relatos, fechados ambos en Santander, el uno en mayo y el otro en octubre, integran uno de esos ciclos novelescos tan característicos del autor que, como es sabido, tenía una concepción eminentemente orgánica de su mundo funcional.

Son pues *Nazarín* y *Halma* dos narraciones complementarias en varios de sus aspectos, según iremos explicando, porque no parece demasiado preciso limitarse a constatar que la segunda supone la continuación de la primera, dado que, al emplear sin más el término «continuación», se suele pensar en una dependencia argumental de la historia posterior respecto de la que inicia el ciclo, lo cual en esta ocasión no se ajusta del todo a la verdad.

* * *

Las dos últimas décadas del siglo XIX vieron surgir la parte más lozada y madura de la producción galdosiana: veinte ficciones que otorgan a su autor el rango indiscutible de gran novelista paragonable a los creadores de la mejor narrativa europea del momento. Y, por supuesto, un corpus tan extenso como el aludido presenta tal variedad temática y de técnicas que se hace necesario distinguir en él diversos apartados.

Recuérdese, a propósito de cuanto acabamos de exponer, cómo Galdós, que en sus novelas de los primeros años ochenta había tomado del naturalismo tanto planteamientos ideológicos como procedimientos narrativos, hacia el final del decenio se había ido apartando bastante de tal «obediencia». Por ello, *Fortunata y Jacinta*, cuyo segundo volumen apareció en 1887, supone ya una clara desviación de la ortodoxia naturalista. Más adelante, en las obras de la siguiente década, la huella de Zola se presentará ya muy difuminada, casi del todo

borrada, en virtud de lo cual, es posible agruparlas como quiere Casalduero¹ bajo el epígrafe de novelas del periodo espiritualista:

Así Galdós en el año 1892 entra en la quinta etapa de su producción, en la cual estudia la vida y la muerte, (...). Después de habernos presentado al héroe de la libertad política —Salvador Monsalud, Pepe Rey— y al héroe naturalista —Teodoro Golfín, Isidora, Manso, etc.— nos presenta al héroe espiritualista y su acción. Galdós no reniega del naturalismo, lo supera.

Los aires del tiempo no resultaban demasiado propicios para aquella tendencia que había dominado en los años del más inmediato pasado y que poco a poco se iba viendo relegada en las preferencias de los escritores finiseculares.

Otras modas literarias irán sustituyendo al naturalismo en el favor de novelistas, críticos y lectores. Entre ellas resulta obligado mencionar la influencia de los autores rusos cuyas obras se dieron a conocer por entonces en España. Precisamente en las páginas de *Halma* podemos leer un curioso pasaje de alcance metaficcional en el que varios personajes discuten la posibilidad de que Nazarín - que está detenido y convalece de una grave enfermedad - haya actuado movido por tal influjo²:

—Pues ayer (...) le interrogué yo sobre eso del «rusismo». Se mostró sorprendido y me dijo (...) que no conoce la literatura rusa más que de oídas.

* * *

Situadas, pues, estas dos ficciones en el lugar que les corresponde en el conjunto de las novelas galdosianas, reflexionaremos brevemente acerca de alguno de sus aspectos. Ya indicábamos más arriba que resulta impreciso hablar sin más de *Halma* como la continuación de *Nazarín*; más vale que apuntemos algunos puntos concretos en los que se apoye la relación indudable entre ambas novelas.

El protagonista del primer relato es una figura secundaria en el acontecer del segundo y no comparece ante el lector hasta la mitad de la penúltima de las cinco partes en que se divide *Halma*. A pesar de ello los demás personajes le mencionan frecuentemente antes de que se produzca su presentación y, al final de la novela, será Nazarín quien proponga a la heroína la solución que salve el *impasse* al que la situación parecía abocada. A la vista estos datos podría parecer que nos encontramos sencillamente ante uno de esos personajes recurrentes que, con tanta

¹ CASALDUERO, J. *Vida y obra de Galdós* Madrid, Gredos, 1961, p.186

² PEREZ GALDÓS, B. *Halma. Obras completas, Novelas **** Madrid, Aguilar, 1982, pág.619.

frecuencia atraviesan la producción galdosiana, los cuales, según apunta Ricardo Gullón ³:

... reaparecen de un libro a otro para producir impresión de mundo propio y autosuficiente, de un mundo en donde el personaje no vive limitado a un círculo reducido, sino que en determinadas circunstancias, participa de los acontecimientos como comparsa y figura subalterna, para en otra novela adelantarse al primer plano y ser parte importante de la narración.

Sin embargo, el paso de *Nazarín* a la historia protagonizada por la condesa Catalina de Halma supone algo más, ya que vincula ambas novelas muy firmemente y las convierte en una microserie narrativa constituida en torno a la dialéctica entre dos diferentes maneras de entender la santidad. En efecto, si la primera ficción presenta el misticismo oriental, individualista y nómada encarnado en el curita manchego, la segunda ofrece otro modelo en la búsqueda de la perfección cristiana: el que representa Halma con sus anhelos de fundadora, empeñada en establecer una comunidad organizada y sedentaria, por muy libres que sean quienes en ella profesen y por mucho que tal fundación pretenda desarrollarse al margen de toda institución oficial.

* * *

Los trabajos dedicados a estas dos novelas se han ocupado sobre todo de destacar ciertos aspectos de sus respectivos contenidos: la psicología de sus protagonistas, la sociedad en ellas representada, etc..., con la finalidad de mostrar la pertinencia de la adscripción de las mismas al periodo espiritualista de la obra galdosiana. No se insiste tanto, creemos, en la evidente relación observable entre ambos relatos en los que respecta a las estrategias narrativas en ellos empleadas. Por lo cual aquí nos vamos a detener principalmente en el análisis de alguna de ellas.

La semejanza entre las dos novelas comienza por la que se advierte en su disposición externa. En efecto, tanto *Nazarín* como *Halma* constan de cinco partes, cada una de las cuales contiene varios capítulos (nunca menos de cinco ni más de nueve), bastante breves casi siempre. Las dos son ficciones de mediana extensión; algo más larga la segunda que la primera. Tal similitud en la apariencia de ambas se corresponde con una serie de analogías profundas en los aspectos que mencionaremos a continuación.

³ GULLÓN, R. *Galdós novelista moderno*. Madrid, Taurus, 1973, pág. 38.

1. *Presentación de la materia narrativa*

Se inicia *Nazarín* como el relato que cierto narrador innominado asume en primera persona, explicando al narratario los incidentes que le ocurrieron cuando —acompañado por un periodista amigo suyo también sin nombre— intenta localizar en los barrios más miserables de Madrid al cura don Nazario Zaharín.

Es por tanto la novela del novelista lo que ocupa casi por completo los cinco capítulos de que consta la Primera Parte de la obra. Dejemos a un lado las interesantes implicaciones metanovelescas de clara filiación cervantina que tal procedimiento aporta⁴ y atendamos a la comparación entre las dos obras de la serie. El arranque de *Halma* no ha suscitado tanto interés y sin embargo también en él se recurre a procedimientos de la misma estirpa para presentar la materia narrativa.

Ahora bien, si en la historia de *Nazarín* el narrador acompañaba a un periodista deseoso de elaborar un buen reportaje, en la segunda novela del ciclo, ese alguien que asume en primera persona el relato se presenta como un investigador que rebusca sus noticias en antiguos archivos y pretende divulgarlas convenientemente aligeradas del peso de la excesiva erudición⁵:

Doy a mis lectores la mejor prueba de estimación sacrificándoles mi amor propio de erudito investigador de genealogías (...) omitiendo aquí el larguísimo y enfadoso estudio de linajes por donde he podido comprobar que D^a Catalina de Artal (...) pertenece a la más empingorotada nobleza de Aragón y de Castilla...

Buena parte del primer capítulo dedica el supuesto genealogista a establecer el abolengo de la heroína y a resumir sus andanzas hasta el momento en que, viuda reciente, vuelve a Madrid después de haber sufrido innumerables contratiempos.

Es este mismo narrador quien inicia el relato del siguiente capítulo sin molestarse en recatar su presencia⁶:

Refieran en buena hora los sufrimientos de Catalina de Artal en aquellos tristes días y en los que siguieron a la muerte de su adorado esposo los que posean mística inspiración y estén avezados a relatar vidas y muertes de mártires gloriosos. Yo no sé hacerlo, y (...) no hago más que apuntar los hechos capitales como antecedente o fundamento de lo que me propongo referir.

⁴ Véase acerca de este punto «El narrador en *Nazarín*» de GARCÍA GALIANO, A., en *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos I*, págs. 159-171. Excmo. Cabildo de Las Palmas de Gran Canaria. 1993.

⁵ PÉREZ GALDÓS, B., *Halma*. ed. cit. pág. 576

⁶ *Op. cit.*, pág. 580

Las dos historias del ciclo inician pues su andadura de modo semejante y, aunque el procedimiento se desarrolle con más prolijidad y extensión en *Nazarín*, resulta evidente la voluntad de reforzar en el lector la impresión de un parentesco entre ambas, propiciada por la analogía suficiente en la perspectiva del narrador que presenta la materia novelesca. Si en la primera de las dos obras se subraya el interés periodístico de las pesquisas emprendidas por el narrador y el reporter, el relato de los sucesos que a la protagonista de *Halma* acontecen hasta su vuelta a Madrid, remiten al ambiente y escenarios propios de las novelas bizantinas del siglo XVI, sin que falte para hacer más patente tal analogía, la escena de la anagnórisis con que se termina el capítulo segundo ⁷:

... y cinco días después los señores marqueses de Feramor vieron entrar en su casa a una mujer que más bien parecía espectro (...) y como el señor marqués, poseído de espanto, la mirase ceñudo y dijese
 —¿ Quién es usted ?
 Hubo de contestarle Catalina:
 —Pero, ¿no me reconoces?. Soy tu hermana.

Aunque es en los dos capítulos iniciales en los que el narrador se incorpora más directamente y sin disimulos a lo narrado, no faltan después pasajes en los que esta figura interviene en el relato llamando directamente la atención del lector con referencias como ⁸:

Aunque es persona muy conocida en Madrid, quiero decir algo ahora del carácter del señor marqués de Feramor.

o con interpelaciones del orden de: «Ved aquí...», o bien avisos que anuncian lo que va a ocurrir... etc. Es decir, que también en *Halma* aunque no exponga sus propósitos tan dilatada y ostensiblemente como en *Nazarín*, el narrador extradiegético anuncia a sus narratarios que va a referir una historia de la que le han llegado noticias fidedignas.

2. Dos modelos de santidad

Al comenzar el trabajo ya se indicó que la manera de complementar-se perceptible en estas narraciones incluye el contraste que deliberadamente se establece entre sus dos protagonistas, representantes de dos formas bien diferentes - por más que ambas sean radicales y sin concesiones - de vivir el cristianismo. *Nazarín* y *Halma* se parecen, pues, en sus anhelos de santidad; los dos han pasado por la experiencia vital de la «segunda conversión» a la que se ha referido R. Ricard ⁹, ahora bien, el

⁷ *Op. cit.*, pág. 583

⁸ *Op. cit.*, pág. 586

⁹ RICARD, R. «La segunda conversión en las novelas de Galdós» en *Revista de Occidente*. Madrid, enero 1964, n.º 10.

contraste entre ambos se basa en los distintos efectos que tal vivencia produce en cada uno de ellos.

Don Nazario, que ya era un sacerdote ejemplar, manso y caritativo, decide lanzarse a los caminos para practicar más completamente la imitación de Cristo ¹⁰:

No sin trabajo había hecho efectiva aquella rebelión, pues rebelión era, y en ningún caso hubiérala realizado, él, tan sumiso y obediente, si no sintiera que en su conciencia la voz de su Maestro y Señor con imperioso acento se lo ordenaba. (...) No huía de las penalidades, sino que iba en busca de ellas; no huía del malestar y de la pobreza, sino que tras de la miseria y de los trabajos más rudos caminaba.

Y a partir de este momento empieza el vagabundeo a lo divino del «clérigo andante» —que así le llama en ocasiones el narrador— cuyas incidencias se cuentan en las partes tercera, cuarta y quinta de la novela.

El proceso de la segunda conversión en el caso de doña Catalina es muy diferente, a pesar de que sea el ejemplo de Nazarín uno de los factores desencadenantes en la evolución espiritual de la condesa. En este sentido sí es posible afirmar que *Halma* desenvuelve y continúa las propuestas de la ficción anterior. Y, si en algo coinciden ambos personajes una vez que deciden emprender sus respectivos caminos de perfección, es en esto precisamente, en que los dos se ponen en camino no sólo espiritual sino físicamente y abandonan la ciudad. Ahora bien, frente al errabundo itinerario de Nazarín, Halma se dirige a un lugar determinado, a su finca de Pedralba, donde se detendrá para llevar a cabo su labor fundadora

Si ya la diferencia entre los viajes emprendidos por los dos protagonistas en sus respectivas novelas epónimas, alude con toda claridad al modelo de santidad a que aspira cada uno de ellos, existen además otros indicios, tal vez no tan patentes, pero igualmente significativos, que apuntan en la misma dirección y revelan al lector la complementariedad espiritual de los personajes sobre la que descansa en gran medida la particular relación que enlaza ambos relatos.

Pensamos a tal respecto que el contraste en lo que a la apariencia física de los protagonistas se refiere, constituye uno de esos indicios, y bien elocuente por cierto. Así el narrador subraya la traza oriental del cura don Nazario Zaharín desde el momento en que lo ve por vez primera ¹¹:

Era de mediana edad, o más bien, joven prematuramente envejecido; rostro enjuto tirando a escuálido, nariz aguileña, ojos negros, trigueño color, la barba rapada, el tipo semítico más perfecto que fuera de la Morería he visto: un castizo árabe sin barbas.

¹⁰ PÉREZ GALDÓS, B. *Nazarín*. Ed. cit. pág. 516.

¹¹ *Op.cit.* pág.492.

C. N. Robin¹² ha analizado certeramente el sentido que el aspecto oriental del personaje puede tener, y, aunque apunta que «la sangre semita ha alimentado en gran parte la inspiración mística del XVI», insiste sobre todo en que con tal rasgo se aludiría implícitamente a formas de sociedad preindustriales y arcaizantes; asimismo la fisonomía del cura manchego estaría en consonancia con su individualismo anárquico y con la insobornable libertad de su conciencia.

También las primeras páginas de *Halma* contienen el retrato pormenorizado de doña Catalina de Artal, condesa de Halma¹³:

Modestia y aseo serían sus únicos adornos, y en verdad que nada cuadraba mejor a su rostro blanquísimo y a su figura escueta y melancólica. (...) Tenía el pelo rubio tirando a bermejo; la nariz un poco gruesa, el labio inferior un poco saliente, tez mate y limpia, la mirada dulce y serena, la expresión total grave, la estatura talluda, el cuerpo rígido, el continente ceremonioso. Algunos (...) aseguraban hallarle cierto parecido con Juana «la loca», tal como nos han transmitido la imagen de esa señora la leyenda y el pincel.

No nos parece demasiado aventurado suponer que, así como la traza semita de Nazarín podría remitir a la tradición mística de nuestro Siglo de Oro, (Santa Teresa o Fray Luis de León, ilustre traductor de tantos pasajes bíblicos procedían de familia de conversos), la pálida fisonomía de doña Catalina, referiría a otra influencia —de orden intelectual en esta ocasión— presente en nuestros escritores religiosos del XVI: la mística de los alemanes y holandeses, Kempis, Tauler, Ruysbroeck, etc.

Por otra parte el aspecto inconfundiblemente europeo de la dama estaría de acuerdo con el rumbo que habrá de tomar su «segunda conversión», diferente y complementaria de la de Nazarín. En efecto, en este caso el nomadismo de claras connotaciones bíblicas que la misma apariencia del «árabe manchego» podía suscitar, deja paso a la evocación del espíritu de fundación tan enraizado en el origen mismo de la cristiandad occidental que la rubia condesa podría representar.

3. *Literatura en segundo grado*

La presencia de la literatura en la producción galdosiana es evidente; está por hacer el estudio sistemático que revele hasta qué punto la intertextualidad voluntariamente asumida y utilizada por el autor constituye una de las líneas maestras que sostienen su estrategia narrativa. Señaladamente, las novelas de los años noventa presentan gran abundan-

¹² ROBIN, C. N., «Nazarín El problema de la libertad individual en 1895» en *Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. vol. II, pág.161. Ed. Cabildo Insular de G. Canaria, 1989.

¹³ PEREZ GALDÓS, B., *Halma*. Ed. cit., pág. 583.

cia de pasajes en los que es advertible el juego palimpsestuoso. Naturalmente no es este el lugar adecuado para incluir una relación exhaustiva de tales pasajes en la serie que estudiamos, así que nos limitaremos a comentar algunos casos que nos han parecido especialmente significativos, porque muestran cómo también en este rasgo se relacionan estrechamente las dos novelas que estamos analizando.

La naturaleza hipertextual de *Nazarín* es evidente; en este relato hay dos hipotextos a los que refieren una y otra vez los acontecimientos narrados, que son *El Quijote* y los *Evangelios*, sobre todo los diversos episodios que relatan la Pasión de Cristo. Ahora bien, la función de tal procedimiento en la novela no siempre es de la misma índole, como ya se irá poniendo de manifiesto a medida que se enumeren los distintos ejemplos que hemos seleccionado.

También *Halma* utiliza con profusión este recurso, y aunque son varios los textos que en sus páginas se aluden, sin duda es *El Quijote* el que proporciona más casos de intertextualidad. Consideremos, para empezar, algunas referencias insertas en la segunda novela de la serie que remiten a la primera y que, por tanto, refuerzan en el lector la percepción de ambas como integrantes del mismo ciclo narrativo.

Para conseguir este resultado el narrador de *Halma* va mencionando de manera discontinua al personaje protagonista de la primera ficción. Así el cura vagabundo es el tema de conversación más frecuente y general en las tertulias de casa del marqués de Feramor, y además se habla de él como asunto para una futura publicación que Urrea piensa lanzar ¹⁴:

El primer número ya está preparado, lo dedico al célebre apóstol de nuestros tiempos, el gran Nazarín, de quien presento noticias estupendas, la biografía completa, retratos de él y de sus discípulas...

Un poco más adelante don Manuel Flórez comunica a Halma que la fama de Nazarín va en aumento, y tras un debate sobre la supuesta locura del manchego, se menciona la existencia de un libro que cuenta los sucesos de su vida y se añade que el tal libro «es una novela».

Por último el lector llega a conocer la reacción del interesado —si bien transmitida por otro personaje— cuando se entera de que le han convertido en personaje de ficción ¹⁵:

—¿Y qué? —preguntó a los periodistas uno del oficio literario que acababa de entrar—. ¿Saben ustedes si ha leído el librito de su nombre que anda por ahí?

—Lo ha leído —replicó uno de los que llegaron con Flórez— y dice que el autor, movido de su afán de novelar los hechos, le enaltece demasiado, encomiando con exceso acciones comunes (...)

—A mí me aseguró (...) que él se tiene por un hombre vulgarísimo, y no por un personaje poemático o novelesco.

¹⁴ *Op. cit.*, pág. 600.

¹⁵ *Op. cit.*, pág. 620.

Este coloquio constituye una transparente alusión a la conversación que al comienzo de la segunda parte del *Quijote*, mantiene Sansón Carrasco con el caballero y su escudero a quienes sorprende con la noticia de que se han convertido en héroes de ficción al haberse publicado un libro de gran éxito en el que se relatan las aventuras de ambos. De esta manera, como se sabe, se enlazan las dos partes de la obra cervantina y la primera se erige en hipotexto de la segunda.

En el caso que nos ocupa, el narrador de *Halma* está haciendo metanovela al presentar a un personaje que se sabe criatura ficcional; pero, al propio tiempo —y desde el momento en que el texto que comentamos parafrasea a otro del *Quijote*— se debe hablar de intertextualidad.

Además de cumplir esta función de nexo entre novelas, sirve el pasaje en cuestión para que los personajes que en el coloquio participan, discutan acerca de la veracidad de los hechos narrados en la historia recién publicada, discusión que culmina con el rotundo desmentido de Andara¹⁶:

—Me la leyeron (...) ¡Ay, qué mentironas cuenta! Yo que ustedes pondría en el papel que el «escribiente» de ese libro es un embustero...

Así, entre bromas y veras, se pone al lector ante una multiplicidad de perspectivas diversas y aun contradictorias sobre los hechos relatados, lo cual coloca bajo sospecha la novela toda, relativiza su valor y desplaza muy modernamente la atención de lo narrado a la acción misma de narrar.

Claro que la intertextualidad que puede detectarse en tantos y tantos pasajes de estas obras no tiene en todos los casos un carácter tan abarcador, pues se registran también muchos casos en que la finalidad del procedimiento es más modesta y parcial: por ejemplo, ayudar a la caracterización de los personajes. Repetidamente, en efecto, se han señalado los rasgos intertextuales que presentan a Nazarín como una contrafigura ligeramente paródica de Cristo; pero también los personajes secundarios están moldeados sobre patrones literarios.

Así Andara y Beatriz reproducen en sus relaciones con Nazarín el modelo evangélico de las hermanas Marta y María respecto a Jesús. La primera, en efecto, se ocupa de los trabajos más duros, en tanto que el narrador presenta frecuentemente a Beatriz arrobada ante las palabras del maestro, lo cual provoca a veces la protesta de Andara/Marta.

Por otra parte los dos delincuentes que al final de *Nazarín* acompañan al cura preso son indudablemente claro trasunto de los dos ladrones que flanqueaban la Cruz. Por ello, uno insulta a don Nazario y el otro le defiende.

Claro que no sólo de intertextualidad se nutre la caracterización de personajes; no obstante este es uno de los procedimientos manejados

¹⁶ *Op. cit.*, pág. 621.

con mayor soltura en las dos novelas que venimos estudiando, que también a este respecto, muestran con toda claridad la solidez de los lazos que las unen.

Nazarín y *Halma*, pues, gracias a la tupida red de relaciones que entre ellas existen, algunas de las cuales hemos estudiado sucintamente, se configuran como una miniserie de novelas complementarias.